

LAS BRUMAS

DE

Antonio C. Toledo

ESTUDIO CRITICO

POR

ALEJANDRO ANDRADE COELLO



QUITO—ECUADOR

1913

Talleres del diario «EL COMERCIO»

860-1(866)(082-95) Toledo
6649a

LAS BRUMAS

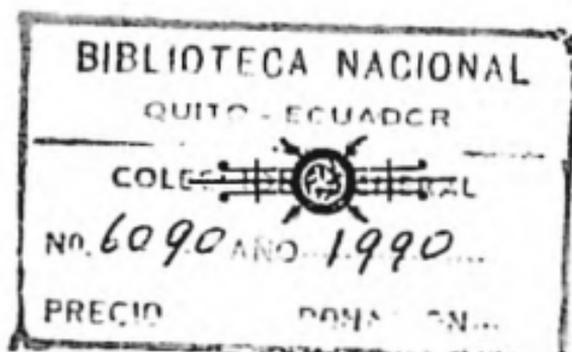
DE

Antonio C. Toledo

ESTUDIO CRITICO

POR

ALEJANDRO ANDRADE COELLO

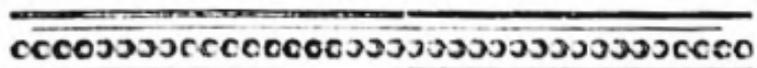


0001382 - J.
QUITO - ECUADOR

1913

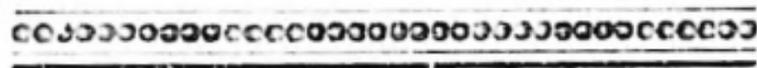
Talleres del diario <EL COMERCIO>

ER12000801
7040801
6848



LAS BRUMAS DE ANTONIO C. TOLEDO

ESTUDIO CRITICO POR ALEJANDRO ANDRADE GOELLO



Obras de Alejandro Andrade Coello

PUBLICADAS

NOCIONES DE LITERATURA GENERAL.
(Texto).

MALDONADO, MEJÍA, MONTALVO.--Mo-
tivos Nacionales, Tomo I.

ALGUNAS IDEAS ACERCA DE EDUCA-
CIÓN.

LA LEY DEL PROGRESO.—El Ecuador
en los últimos quince años.

VULGATA HIGIÉNICA.—(Texto de Hi-
giene Pública).

RODÓ.—Motivos de Proteo.—(Segunda
Edición).

PLAZA.—(Folleto).

VARGAS VILA.—Ojeada crítica de sus
obras.—De «Aura o las Violetas»,
al «Ritmo de la Vida».

MUERTE DE MONTALVO.—(Folleto).

LA TENTACIÓN.—VERSOS EN AGRAZ.

Al público

Señor Don

Alejandro Andrade Coello.

Presente.

Estimado señor y amigo:

Cuando usted patriótica y desinteresadamente me presentó, anticipándose a toda idea o proyecto, su meritísima compilación de *Las Brumas* de nuestro malogrado y sentimental poeta Antonio C. Toledo, junto con la crítica de ellas, no vacilé en editar la obra, porque veía en ello la gloria de la Patria y del Poeta.

Desgraciadamente mi generoso ideal, se ha cubierto de *verdaderas brumas*, una vez que no ha sido posible llegar a perfecto acuerdo con los caballeros que también han pensado después en igual publicación; ya que ellos últimamente al autorizarme hiciera una edición completa de las mismas, querían sujetarme a bases no por el compromiso habido anteriormente con usted.



Y ella es la única que subsiste del terremoto de todo lo caduco y caprichoso. Para ella no existe la nada, el nirvana inacabable. «Si *morir es dormir*, decía Bécquer al referirse a sus creaciones poéticas, quiero dormir en paz en la noche de la muerte, sin que vengáis a ser mi pesadilla, maldiciéndome por haberos condenado a la nada antes de haber nacido». Y publicó entonces sus versos, apostrofándolos así: «Id, pues, al mundo a cuyo contacto fuisteis engendrados, y quedad en él, como el eco que encontraron, en un alma que pasó por la tierra, sus alegrías y sus dolores, sus esperanzas y sus luchas». Partieron por el orbe, y hace medio siglo que viven tan inmarcesibles, como ramos de azucenas y de lirios, arrancados hoy día en los pensiles de las almas, para perfumar los santuarios de la belleza. Y así vivirán lozanos, centuria tras centuria,

«Mientras sentimos que se alegra el alma,
Sin que los labios rían;
Mientras se llora, sin que el llanto acuda
A nublar la pupila»

Y en efecto, lloramos interiormente ante la delicadeza de estas rimas, profundas en medio de su despreocupación de atavíos y de sonoros consonantes; filosóficas, con la filosofía del dolor uni-

versal, en medio de la ligereza con que fueron escritas; cosmopolitas, porque son patrimonio del humano pecho; hijas de todos los climas y de todas las cabezas juveniles que amaron, henchidas de ensueños, llenas de arrepentimiento de la edad loca, apegadas al amor propio, al desvío, a la remembranza intensamente sentida, brote de todos los pueblos y de todas las razas, porque el corazón es uno solo en todas las lenguas y latitudes. Escenas sublimemente mudas como ésta son eternas:

«Asomaba a sus ojos una lágrima
Y a mi labio una frase de perdón;
Habló el orgullo y se enjugó su llanto,
Y la frase en mis labios expiró.
Yo voy por un camino, ella por otro;
Pero al pensar en nuestro mutuo amor,
Yo digo aún: ¿por qué calle aquel día?
Y ella dirá: ¿por qué no lloré yo?»

Desde la India legendaria con los mitos de Kora, Sita, Nala; desde la Grecia heroica con Elena, hasta la España moderna con la Dulcinea de los ensueños del inmortal caballero manchego, la historia es la misma: la historia del amor, que ya se levanta hasta la majestad del coturno, ya desciende hasta las bufonerías del grosero zueco. En el fondo de todo, el drama pasional, el mismo de la francesa Constanca que

inspiró sus poemas a Campoamor, al humorista zumbón de las *Doloras*, el mismo que hace musitar al nicaragüense:

«Amar, amar, amar, amarse siempre, con todo
El sér y con la tierra y con el cielo,
Con lo claro del sol y lo obscuro del lodo:
Amar por toda ciencia y amar por todo anhelo.
Y cuando la montaña de la vida
Nos sea dura y larga y alta y llena de abismos,
Amar la inmensidad que es de amor encendida
Y arder en la fusión de nuestros pechos mismos!»

Causas al parecer pequeñas, involvidables nimiedades, episodios que fingieron pasar inadvertidos, niñerías que no se nombran son los engendradores a veces de los esquilianos desenlaces del amor. En medio de la sublime tortura de Otelo, su tenebrosa sospecha, el fundamento de su terrible zozobra, el cuerpo del calenturiento delito es ridículo: un trapo caído al azar, un pañuelo que se deshilvana presto y que para él es sibilino y tejido por divinos gusanos de seda [1]. Lo inmenso y lo limitado, lo

(1) «Otelo.—Tengo un fuerte resfriado.
Dame tu pañuelo.

Desdémona.—Tómale, esposo mío.

Otelo.—El que yo te dí.

Desdémona.—No lo tengo aquí.

Otelo.—¿No?

Desdémona.—No, por cierto.

Otelo.—Falta grave es esa, porque aquel pañuelo se lo dió a mi madre una sabia hechi-

grande y lo chico se confunden: la pasión flota entre estas dos aguas: las salobres y agitadas del océano; las dulzanas y tranquilas del riachuelo. Tal es la infinita dualidad humana. ¿A quién toca la peor parte en el reparto? Escuchemos al poeta:

«Nuestra pasión fue un trágico sainete,
En cuya absurda fábula
Lo cómico y lo grave confundidos
Risas y llanto arrancan.
Pero fue lo peor de aquella historia
Que, al fin de la jornada,
A ella tocaron lágrimas y risas,
Y a mí sólo las lágrimas».

Labor es de analistas, sabios en la ciencia del mundo, estudiar la entraña miserable: sus fenómenos son más complicados que los de la electricidad; sus chispas curan o matan. ¿Quién no ha

cera, muy hábil en leer las voluntades de las gentes, y díjole que mientras lo conservase, siempre sería suyo el amor de mi padre, pero si perdía el pañuelo, su marido le aborrecería y buscaría otros amores. Al tiempo de su muerte me lo entregó, para que yo se lo regalase a mi esposa el día que llegara a casarme. Hícelo así, y repito que debes guardarle bien y con tanto cariño como a las niñas de tus ojos, porque igual desdicha sería para tí perderlo que regalarlo.

Desdémona.—¿Será verdad lo que cuentas?

Otelo.—Indudable. Hay en esos hilos oculta y maravillosa virtud, como que los tejó

sentido, sobre todo en secretos de amor, la mortal puñalada en mitad del corazón, con tacto florentino asestada por la persona más íntima, por el de más confianza? No comprendió quizá la magnitud de la revelación. Con la protesta en los labios o la ternura en los ojos, nos dió a beber un cáliz no deseado. En su cariñosa inconsciencia tal vez proyectó hacernos un bien, y sacudió

una sibila agitada de divina inspiración. Los gusanos que hilaron la seda eran asimismo divinos. Licor de momia y corazón de virgen sirvieron para el hechizo.

Desdémona.—¿Dices verdad?

Otelo.—No lo dudes. Y haz por no perderle.

Desdémona.—¡Ojalá que nunca hubiera llegado a mis manos!

Otelo.—¿Por qué? ¿Qué ha sucedido?

Desdémona.—¿Por qué hablas con tal aceleramiento?

Otelo.—¿Le has perdido? ¿Dónde? Contéstame.

Desdémona.—¡Favor del cielo!

Otelo.—¿Qué estás diciendo?

Desdémona.—No le perdí. Y si por casualidad le hubiera perdido....

Otelo.—¿Perderle?

Desdémona.—Te juro que no lo perdí.

Otelo.—Pues dámelo, para que yo lo vea.

Desdémona.—Ahora mismo podría dártelo, pero no quiero hacerlo, porque tú no accedes a mis ruegos, ni vuelves su empleo a Casio.

Otelo.—Muéstrame el pañuelo. Mis sospechas crecen.

hasta la agonía nuestro sér. Después reaccionamos: la filosofía cubre con su parda capa los cilicios morales que no anhelábamos saber, y abrazamos al comedido compañero que nos arrancó la venda del ensueño. A cada paso acontece que las tragedias que, en obsequio de nuestra fugitiva tranquilidad, jamás quisimos desentrañar, de rondón viene a desenvolverlas, cómicamente airado o compadecido, el amigo, el oficioso fatídico heraldo. Esta es página de sociología uni-

Desdémona. — Hazme ese favor, Otelo. Nunca hallarás hombre más hábil e inteligente.

Otelo. — El pañuelo!

Desdémona. — Hablemos de Casio.

Otelo. — ¡El pañuelo!

Desdémona. — Casio que en todo tiempo fue amigo y protegido tuyo, que a tu lado corrió tantas aventuras....

Otelo. — ¡El pañuelo!

Desdémona. — Grande es tu imoaciencia.

Otelo. — ¡Apártate!

Desdémona. — Es la primera vez que le veo así. Sin duda aquel pañuelo está encantado. ¡Cuánto siento haberlo perdido!

Emilia. — No bastan un año ni dos, para conocer el carácter de un hombre. Son abismos que a nosotros nos devoran, y cuando se hartan, nos arrojan de sí... >

(Dramas de Guillermo Shakespeare. Traducción de D. Marcelino Menéndez Pelayo. Tomo I. — 1907).

versal. ¡Qué bien la entendió el filósofo soñador! Oíd su confidencia que sangra:

«Cuando me lo contaron sentí el frío,
De una hoja de acero en las entrañas;
Me apoyé contra el muro, y un instante
La conciencia perdí de dónde estaba».

Cayó sobre mi espíritu la noche;
En ira y en piedad se anegó el alma....
¡Y entonces comprendí por qué se llora,
Y entonces comprendí por qué se mata!

Pasó la noche de dolor....con pena
Logré balbucear breves palabras....
¿Quién me dió la noticia?.....Un fiel amigo.....
¡Me hacía un gran favor!.....Le dí las gracias».

Sumisos a la mentira convencional, nos vemos obligados a disimular las desventuras de la vida; pero los ojos, imprudentes siempre, nos traicionan. Ellos no entienden de mascaradas ni de diplomacias. Un observador sutil ve la verdad a través de los fingimientos de los labios, sabe leer de corrida, como el poeta sevillano, deteniéndose sólo cuando le embargan los sollozos.

«Como en un libro abierto
Leo de tus pupilas en el fondo;
¿A qué fingir el labio
Risas que se desmienten con los ojos?
¡Llora! No te avergüences
De confesar que me quisiste un poco.
¡Llora! Nadie nos mira
Ya ves; yo soy un hombre.....y también lloro».

Pero a veces el llanto más desconsolador, es el interno, el que se atenúa con sonrisas. ¿Quién puede negar que alguna vez fue cómico? Este episodio becqueriano es real como la terrena cuita. Su glosario daría para un largo poema; su comentario para extensa novela de amores muertos y de ironías desgarradoras.

«Alguna vez la encuentro por el mundo
Y pasa junto a mí,
Y pasa sonriéndose, y yo digo:
¿Cómo puede reír?
Luego asoma a mi labio otra sonrisa,
Máscara del dolor,
Y entonces piense: —Acáso ella se ríe,
Como me río yo!»

He recordado al sin ventura poeta sevillano, al delicado Bécquer de las *Rimas*, al empapar mi alma en lágrimas con motivo del otro bardo quiteño, desventurado también como aquél pobre de fortuna y rico de gloria que tan bellas cosas concibió al influjo de una abrasadora mirada y a la suave caricia de unos labios rojos, y que definió con una sola palabra la poesía, dirigiéndose a la señora de sus pensamientos, al objeto de su adoración:

«¿Qué es poesía?, dices mientras clavas
En mi pupila tu pupila azul;
¿Qué es poesía? ¿Y tú me lo preguntas?
Poesía...eres tú!»

Así pensaba y así sentía también el dulce Antonio C. Toledo. ¿Cómo no evocar al bohemio Gustavo al referirme a su compañero en amarguras y sarcasmos de la suerte, el genial Antonio? El primero, al expirar, exclamó: *¡Todo es mortal!* El segundo: *Muero sin haber hecho mal a nadie.* Ni uno ni otro se acordaron de sus poesías, *inmortales* y *buenas*. Todo es mortal, sí, menos la poesía. No hay mejor bien que el sentimiento.

II

¡Antonio C. Toledo! Atended al infortunio de su vida. Pero primero, oid, con el pañuelo en los ojos, el sarcasmo de su muerte. Como el apasionado por Inés de Castro, como el cantor del *Cuervo*, como aquél otro de la *Plegaria del Lázaro*, murió en un hospital. Aquella tarde — el viernes 7 de Marzo de 1913 — asistió a la oficina ministerial, prematuramente achacoso como estaba. A los compañeros que inquirían por su salud, contestábales con una sonrisa de Cristo moribundo que más bien confinaba con latebrosa mueca. Con la cabeza inclinada hacia el hombro derecho, una cabeza de varón de dolores, encorvado por la tisis, pálido y demacrado, trabajaba y trabajaba. Su cara, de blancura de cera algo terrosa, era más triste limi-

tada por la barba sin peinar, hirsuta, que en herradura cerraba su rostro macilento. De pronto sintió sudores de muerte. Fuese a lugar excusado, y arrojó bocanadas de sangre, coágulos palpitantes, pulmones en grumos. En el acto, sus íntimos condujéronle al Hospital de San Juan de Dios. La madre Gabriela le habló de confesión. El querido enfermo, con infinita dulzura, suplicó que le dejaran tranquilo. No insistió la hermana de la caridad. A las once y media de la noche, expiró como un justo, rodeado de unos pocos amigos. Sus últimas palabras, serenas y suaves, confesaban la bondad de su alma. La monja, delante del poeta muerto, sacó su rosario de gruesas cuentas y púsose a murmurar una plegaria. Luego, arrepentida de su acción, dijo a los circunstantes: «¿Por qué rezar por este hombre? Vedle, parece un Cristo». Y se guardó la sarta de cuentas y la cruz de madera. Apresuráronse a amortajarle como pudieron.

Surge aquí un conflicto: no había con qué vestirle. Su mujer que fué al hospital se había llevado toda la ropa. Al fin hallaron un saco raído. Trasladáronle en seguida a una casa del frente, aprovechando la vecindad, donde una su cuñada, para que allí se velase. Fueron después a imprimir invitacio-



nes y hojas sueltas para comunicar al público la muerte del poeta. Cuando regresaron..... el cadáver no estaba allí. Sus parientes le habían arrojado al patio, sobre las húmedas piedras, echándolo de la habitación en que los colegas de oficina piadosamente le colocaron. «¿Cómo guardar el cuerpo de un tuberculoso que murió sin confesarse?», graznaba entre dientes su cuñada. Allí, en el frío corredor, se mantuvieron los restos de Toledo, hasta que la Policía los enterró de limosna.

Ni el pueblo en grandes masas le seguía ni la comitiva de admiradores del poeta. Su traslado resultó imponente y de veras popular, como el del bohemio Enrique Thomas, que en su carrera de gloria se llamó Lafontaine: no asistió nadie. Fueron sus mejores honras. La mala suerte, con todo, le persiguió hasta después de la tumba. Los caballos que halaban la carroza funeraria encabritáronse y arrojaron lejos el ataúd que no pesaba mucho. Alzáronle sus amigos tipógrafos y lo condujeron en hombros, hasta que en la última morada le despidieron con demosttraciones cariñosas y elocuentes. Elogió al poeta miserrando la musa del silencio en el panteón..... El pueblo lloraba, con un murmullo de ola, que crecía enternecedor y grave. ¡Oh, triste odisea de los que pasaron cantando

por la tierra, sin acordarse del argentino canto de las libras esterlinas! ¡Oh, almas desinteresadas, que no tuvisteis ni cuatro cirios para vuestro cenotafio! Os rechazan vuestros sórdidos connotados, porque no les dejáis herencia en metálico ni en tierras. ¡La gloria! ¿Qué entienden ellos de ese reparto testamentario? Legadles millones para que se los gasten, a truke de la vida. Ellos gustan de lo efímero. Negadles el patrimonio inmortal: éste pertenece a la patria, aunque sea madrastra; a la humanidad, aunque no tenga corazón; al mundo, que es un monstruo de injusticias.

III

Se fue el poeta, silenciosamente, olvidado de los suyos, escarnecido por su familia hasta en la póstuma hora. Su paso por la vida, nebuloso, gris, fugitivo como una bruma.

No tuvo siquiera la suerte de que alguna moderna poetisa Virginia Déjazet rasgase su falda de oro y ricamente bordada para envolver el cadáver del cantor bohemio, como con un obreiro hizo la célebre actriz en Lyon.

Obscuro como Gutiérrez de Cetina, como Alberto Glatigny, se deslizó, con su mansedumbre característica, por los zarzales de la vida. Glatigny, hijo de

modesto carpintero, en su nebulosa buhardilla, húmeda y fría, encontró a los quince años un empolvado y viejo libro, roído por las ratas: eran las poesías de Ronsard. Toledo en su niñez, en la estrechura de su pobre hogar, topó con las obras de Bécquer, con *Las Soledades* de Blasco y con las *Poesías* de Apeles Mestres, que, grasientas y apolilladas, halló en un rincón. Tales fueron sus primeras lecturas, las que tanto debían influir en su carrera literaria, como se marcó en la de Heine su libro favorito *El Quijote*, del que tomó su humorismo y su asaeteador romanticismo. (1)

Modesto y bueno, prudente y resignado, vegetó como uno de aquellos esclavos de levita que soportan sin chistar el grillete de la miseria. A pesar de su claro talento y de sus magníficas aptitudes, no hizo ruido, no se llenó de aplausos ni de gloria, ni siquiera de dinero.

[1] A menudo tenía Heine la visión del Quijote. En 1823 publicó las *Memorias del caballero de Schanabelewopski*, «que es uno de los libros más regocijados y chi-peantes que conozco después del *Quijote*», dice un crítico y biógrafo contemporáneo. A su llegada a Francia, «scribía Heine: «Al despertarme una mañana, febril y soñoliento, percibí en la semi oscuridad dos figuras bien conocidas que cabalgaban a mi lado; la una, a mi derecha, era don Quijote de la Mancha, caballero en su abstracto Rocinante, la otra, a mi izquierda,

¡Pobre poeta! Y lo fue de veras. Versos del corazón, versos sentidos, sencillos, ingenuos y hermosísimos los suyos; rimas empapadas en tolerancia, en fino espíritu de observación, lloradas en la soledad del paupérrimo sotabanco de estudiante de medicina; filigranas legítimas, sin las rarezas enfermizas de los anafilácticos, ni las falsificaciones de arte de quienes con la palabrería sonora suplen la ausencia de pasión.

Escribió muy poco, quizá dos docenas y media ¡y ni tanto! de composiciones que andan desparramadas por ahí en diarios y revistas, reproducidas por temporadas. Eran muchísimo menos que las de Vandalio que cantó a su Dorila; pero más celebradas. Jamás se juntaron en colección, ni cuidadosamente editadas llenaron el libro. Llamábanse *Brumas*. Fueron cortas; pero bastan para su re-

era Sancho Panza, en su asno positivo. Llegábamos precisamente a la frontera francesa. El noble caballero inclinó respetuoso la cabeza ante la bandera tricolor, que flotaba en frente de nosotros en el alto poste que marcaba la frontera, mientras que el buen Sancho saludaba más fríamente, con un simple signo de cabeza, a los primeros gendarmes franceses que percibió. Muy luego los dos amigos se me adelantaron; yo los perdí de vista y no oí ya sino de lejos los relinchos entusiásticos de Rocinante y el ¡iah! ¡iah! del asno».

putación de buenos quilates. Tuvieron su historia, triste como todas las de amor. Toledo quiso ardientemente a una dama de la aristocracia. Después de saborear los tormentos del amor; de recorrer la escala de las alegrías y de las tristezas, estuvieron a punto de casarse. Pero la cercana luna de miel se alejó para siempre. La dama murió a la entrada de los 18 abrilés. De esta irreparable desgracia, de estos recuerdos gemebundos brotaron las *Brumas*. A los 25 años, rompió la lira para afanarse en los prosaísmos de la oficina gubernativa y la rutinera literatura oficial, matadora del numen, que es desinteresado. Musa que vive de sueldo es musa manflotesca que vende sus donosuras.

El bardo de las *Brumas* vivió siempre abrumado por la suerte. No es dado a todos los corazones continuar cantando con más vigor después del desfloreamiento de sus ilusiones, como Petrarca después de la muerte de su Laura; el Dante después de su Beatriz. El enmudeció para siempre. No deja una sola línea inédita. Su humilde genio jamás se reveló ni estalló en quejas. Había llorado lo suficiente cuando amó en su juventud—de los veinte a los veinticuatro años—; cuando compuso aquel sugestivo puñado de cármes! Después, rompidos en la hora temprana sus ideales,

soportó con sumisión todos los sinsabores de la fortuna, en la monótona vulgaridad de una triste empleomanía.

El gran talento de don Abelardo Moncayo—poeta clásico—comprendió a aquel otro infortunado y le tendió la mano, en la primera administración del General don Eloy Alfaro, a raíz del memorable 5 de Junio de 1895. Desde entonces, cerca de cuatro lustros, se afanó en el Ministerio de lo Interior, en calidad de Jefe de Sección de Gobierno, en dedicar sus desvelos a la patria. Y de allí no salió: fue el empleado irremplazable, necesario. Jamás *hizo política*. De su boca, sellada como tumba, no se escapó nunca ningún comentario, ninguna protesta, ninguna opinión de bandera. Sabía al dedillo el movimiento administrativo, las tareas de su puesto. Consultor de algunos Ministros, fue el que más entendía en asuntos de oficina. Algunas veces actuó de Subsecretario interino; pero siempre fue el alma de ese despacho, la hormiguita laboriosa y callada; el Nazareno enfermizo y agobiado que sufría por todos y por todos se sacrificaba sin chistar, ajeno a los aspavientos de sus méritos, emancipado de los bombos que aseguran el cargo. ¡Triste tráfigo sin ideales para un joven de tanta inteligencia y de tan exquisita sensibilidad!

Se embotó su inspiración! En el resto de sus breves días, no pensó en otra cosa que en los decretos ejecutivos, en los acuerdos ministeriales, en la redacción de cansadas notas, en la corrección de las pruebas que en la sección del *Registro Oficial* le pertenecían, en extender nombramientos de tenientes políticos de aldea y comisarios de policía rurales

Con mucha razón Toledo, como el poeta argentino Alfredo de Arteaga, pudo musitar al oído de sus amigos, si la queja le hubiera sido familiar:

«He bebido en la copa de todas las tristezas;
he hallado en mi camino todas las asperezas».

Por esto, a veces, las ahogaba en alcohol, aturdiéndose de la horrible realidad de vivir, en los vaporosos momentos de la embriaguez que le sumían en las aguas del Leteo.

El ponderado poeta de los *Nocturnos*, aquella alma sonora, José Asunción Silva, como comerciante fracasado, no tuvo ánimo para sobrellevar en calma las ironías de la suerte, y se mató. Lo mismo hizo aquel otro empleado de comercio y poeta dominicano Gastón F. Deligne. Antonio C. Toledo, más filósofo aún, sonreía melancólicamente al subir, claudicando, las gradas de palacio

y encerrarse en su oficina. Aquella mueca era su única rebelión y su venganza.

Vivía en un barrio lejano del centro de sus operaciones ministeriales, en un arrabal de la ciudad: el Ejido Norte, familiarizado con los paisajes que desde aquel amplio horizonte contemplaba. Salía de su casa después de almorzar, a eso de las once, y lentamente, apoyado en su bordón de viejo prematuro, llegaba hasta su despacho. Cuando acudía por la mañana, pasábase sin alimento hasta la noche, hora en que regresaba al seno de su familia. Frente a la Alameda tenía encargados unos zuecos que se los calzaba para atravesar el paso fangoso, pues la humedad le sentaba muy mal a su quebrantada salud y raquitismo.

Toledo nació en Quito, en Diciembre 3 de 1868. Se educó en el Colegio Nacional. Optó después por la Medicina, que empezó a cursar en la Universidad Central del Ecuador. Se vió forzado a interrumpir sus estudios a causa de la lucha por el pan. Fue en 1902 corresponsal del importante diario de Guayaquil *El Grito del Pueblo*. Esta su época más laboriosa. En ella volvió a componer algunos versos—dos o tres postales—, pero de índole diversa de sus enrarecibles *Brumas*.

IV

La poesía en el Ecuador ha sido siempre muy pobre. Se sorprenderán tal vez de esta afirmación, los que confunden el millar de versos de nuestros parnasos con el puñado de poetas auténticos. Siempre el indispensable Olmedo: después de él, ni siquiera una media docena. Porque no es poesía aquel amaneramiento insufrible, trasplantado de algunas literaturas extranjeras: de la inglesa con Byron; de la francesa, con Víctor Hugo y Lamartine; de la alemana, con Heine. De la española tomaron lo peor: el buen Góngora y el retorcido Baltasar Gracián imperan todavía. Después.... Quevedo el afectado, Quintana el campanudo, Espronceda y.... Bécquer. No brillan los primores de la originalidad; no hay universalismo de concepto. El mismo Cantor de Junín comenzó su magna silva épica con reminiscencias de Horacio (1). Los me-

-
- (1) Coelo tonatem credidimus Jovem
Regnare: praesens. Divus habebitur
Augustus, adjectis Britannis
Imperio gravibusque Persis

(Ode V.—Liber Tertius)

dianos imitaron a Fray Luis de León y a los místicos del siglo XVI; pero sin aquel fervor emocionante, fruto de la sinceridad. Teresa de Cepeda y Ahumada es admirable, es sublime, porque sus afectos místicos son reales, son vividos, porque no hay hipocresía en ellos. Nuestros poetas que han explotado la vena mística son fríos, son detestables. Fáltales franqueza y sentimiento. Los que optaron por el camino de la versificación política, fracasaron.

No hay el vigor del anatema. A poco que se analiza, el verso que pareció acerado se quiebra como el vidrio, porque la santidad de la causa no les abona. Las conveniencias políticas, el mezquino interés en el fondo, antes que el incorruptible patriotismo.

En las imitaciones casi siempre fueron desgraciados: copias serviles, glosas de empalagamiento, interpretaciones descuidadas. En el tema religioso no hay ni arrebatos que conmueven ni atrevimientos que sorprenden. Garrulería, hojarasca, frases dulzonas, plegarias cursis, he aquí todo. Las ideas audaces no conmovieron la lira. Con rarísimas excepciones, ha dominado el mal gusto, la flojedad y el arcaísmo del pensamiento (1).

(1) En mi *Quaga y Margen del Parnaso ecuatoriano* quedan comprobadas estas generalidades.



Con la aparición de las primeras *Brumas* de Toledo coincide el despuntar de la aurora del florecimiento poético en el Ecuador: publícanse las mejores poesías de Luis Cordero, de Numa Pompilio Llona, de Nicolás Augusto González, de Miguel Moreno, de César Borja, de Mercedes González de Moscoso, de Leonidas Pallares Arteta, de Adolfo Benjamín Serrano. Desde entonces, siguen desgranándose los jóvenes, con audacias de idea y de forma, como Gallegos del Campo, Aurelio Falconí, Veloz, Neira, Arroyo, Sánchez, Borja, Guarderas, Fierro....

Algunos, al igual de Toledo, se estacionan y no vuelven a escribir un solo verso, como Gonzalo Zaldumbide, Alfonso Moscoso, Julio E. Moreno, Francisco de Paula Soria....

Como el malogrado Acuña, Toledo compuso los más conmovedores ensayos durante su carrera de aprendiz de medicina, es decir, mientras amó. El poeta mejicano, a los 24 años, dió un puntapié a la vida, apurando desesperadamente dos dracmas de cianuro de potasio; el bardo quiteño soportó con estoica tranquilidad sus dolencias reumático-tuberculosas, sus aficciones del hogar, su pobreza y sus tormentos morales; pero no volvió a cantar.

En el N^o 10, de 31 de Octubre de 1889, de la imperecedera *Revista Ecuatoriana* se registra, por la primera vez, una poesía de Toledo. La temprana joya empieza a lucir así, con un sí es no es de ática ironía:

«Es inútil, mi bien, que delirantes,
de tu amor ni del mío hablemos más;
que al cabo de la plática, tan sólo
tendremos que llorar.

Cuánto es de breve el plazo de la vida,
inmensa es la distancia de tí a mí.
¡Hablemos del amor de los extraños
que nos hará reír!»

Bella muestra de una literatura sana y de observación, en medio de la tenue bruma de pesimismo que la envuelve. No de otra manera se expresaría, con fina amargura que se esfuma en una sonrisa, Enrique Heine. (1) En lo mo-

(1) Véase la sutil aflicción, el dejo de burlón disgusto del poeta de Dusseldorf:

«¿Es cierto que tanto me odias?
¿Verdad, que has variado tanto?...
¡He de revelar al mundo
Todo el mal que me has causado!
¡Oh, ingratos labios! Decidme:
¿Cómo podéis tan amargos
Ser con el hombre que un día
Tanto y tanto os ha besado?....

derno se prefiere la sonoridad de la palabra y la extensión tautológica a la fuerza de la idea que hace gala de laconismo. Las composiciones de Toledo son concisas; muchas de ellas constan sólo de ocho versos. No finca su orgullo en la rima sino en la profundidad del concepto, sintetizado sin oropeles ni adminículos. El desencanto que consume al poeta es verdadero, ajeno a la fingida neurosis del día, a las afectaciones empalagosas y lloriqueos sistemáticos, a las rarezas sin ingenuidad, producto del morfinial desequilibrio o de las nebulosidades que en el cerebro amontona el ajeno.

*
* *

Se adoraban los dos, mas su secreto
Ninguno confesaba;
Mirábanse cual fieros enemigos,
¡Y el amor los mataba!
Separáronse al fin, y sólo en sueños,
A veces se veían
¡Hacia largo tiempo que en la tumba,
Sin saberlo, dormían!

*
* *

¿No te revela, acaso, mi semblante
Pálido, el torcedor de mi pasión? . . .
¿Y quieres, ay, que el orgulloso labio
Se humille a la limosna del amor?
¡Oh, no; este altivo labio fue creado
Para el beso y la burla nada más;
Y aun expirando de dolor, soberbio,
De risa y de desdén se plegará!

En el número siguiente de la mencionada Revista, hay otra encantadora poesía, llena de símiles nuevos, no obstante su diario empleo, sobriamente aplicados, y en los que no es posible suprimir ningún término. ¿Quién no se supone dispuesto, con frescura de imaginación y jugosidad de alma a repetir lo mismo? Sin embargo, intentadlo.

«Como serpea en tormentosa nube
relámpago fugaz,
en sus pupilas negras, de continuo
llamaradas de amor surgiendo están.
Ah! si esos ojos penetrar pudieran
mi secreto dolor....
tal vez se disiparan estas brumas
donde ignorado muere el corazón».

*
* *

Floreaban los tilos, cantaban las aves,
Y alegres vertía sus rayos el sol;
Tus labios sellaron los míos, suäves,
Y a mí te abrazaste temblando de amor.
Las hojas caían, el cuervo graznaba,
Y tristes los rayos lucían del sol;
¡Adiós! nos dijimos con aire que helaba,
Sin besos, ni abrazos, ni flores, ni amor».

(Heinrich Heine.—Das Buch der Lieder.—Traducción directa del alemán por J. A. Pérez Bonalde.—Individuo correspondiente de la Real Academia Española.—Precedido de un estudio sobre Heinrich Heine y de notas acerca del traductor por Andrejulio Aibar.—Sociedad de ediciones literarias y artísticas.—Librería Paul Ollendorff.—París).

¿No se os antoja, invulnerables críticos al por menor, que el alma blanca de cualquier chiquillo sentimentalista, ayuno de Gramática, puede transparentarse en estos versos espontáneos? Con todo, intentadlo de nuevo. ¡Cuántos en el inútil empeño han fracasado! Siguiéron la amplia vía, provocadora por su rectitud y facilidad, pero no llegaron jamás a la meta. Todo había sido engañoso espejismo. Riqueza de imágenes equilibradas, términos trillados que nadie antes en el Ecuador acertó a darles forma semejante, quejas de exquisita delicadeza, sólo el poeta les reviste de su personalidad inimitable. Ni complicaciones de la corrupción que se detiene en pinturas enojosas, ni ociosidades descriptivas, ni cuadros inspirados por el opio, ni graves y deliberados vicios de fondo y forma hallará el más prolijo analizador.

En aquellos tiempos las *Rimas* estaban de moda: las ensayaban Quintiliano Sánchez, Roberto Espinosa, Vicente Pallares Peñafiel, Leonidas Pallares Arteta, L. Eduardo Espinosa, etc. Se cantaba las *golondrinas* de Bécquer, se las parodiaba, se las plagiaba, al igual del *Nocturno a Rosario* de Acuña. Del campo del erotismo iban al del odio: la política. El recurso duró algunos años. En los periódicos satíricos hállanse ver-

siones jocosas, citas adaptadas de aquellas composiciones (1).

Toledo vióse envuelto en la corriente, pero procedía de diferente manera: con firme convicción. Por esto acertó. Colocado en el sendero difícil de las imitaciones, podía despeñarse al igual de tantos rimadores sus compañeros; pero su temperamento poético le salvó. «Defenderse con el Diccionario, arrebatarse el oído con el fraseo de ricas variaciones sobre un mismo concepto, disolver una idea en un mar de palabras castizas y brillan-

(1) En el diario quiteño *El Pichincha*, de 1896, con el título de *La voluntad de Dios*, encuentro la siguiente, de la que transcribo dos estrofas:

«Volverán los cobardes curuchupas,
Las fronteras de nuevo a atravesar,
Y otra vez hasta el páramo de Troya
Tal vez se acercarán;
Pero en cuanto a los *pupos colorados*,
Los contemplan altivos desfilas,
Entonces renegando de su suerte,
Las caras volverán.

Volverán enganchados desde Pasto
Del Carchi a sus orillas a llegar,
Y a los frailes incautos su dinero
Por miles sacarán;
Mas el trueno al oír de sus cañones
Y las bombas que miren estallar,
Acordándose, al punto, de sus casas
Ni un rato pelearán, etc., etc.»

tes, cosa es digna de admiración y de elogio; pero confiarse en la admirable desnudez de la forma intrínseca, servir a la inteligencia de los demás la esencia del pensamiento y herir el corazón de todos con el laconismo del sentir, sacrificando sin piedad palabras sonoras, lujoso atavío de atormentadas galas y maravillas de multiplicados reflejos, a la sinceridad de lo exacto y la condensación de la idea, y obtener, únicamente con esto, aplauso y popularidad entre las multitudes, es verdaderamente maravilloso, sobre todo en España, cuya lengua ha sido y será veneno inagotable de palabras, frases, giros, conceptos y cadencias», dice Ramón Rodríguez Correa al analizar a Bécquer.

«No menos digno de llamar la atención es que el poeta haya conseguido tan rápida celebridad sin tocar en sus fantasías ni en sus realidades nada que directamente excite el interés o las pasiones colectivas de sus contemporáneos.

«Como en las de los grandes maestros, en su paleta no figuran más colores que los primordiales del iris, descompuestos en el prisma de la imaginación y del sentimiento; universales, sencillos y espontáneos, sin encenderse al contacto de pasiones políticas o de problemas sociales y religiosos.

«Tienen en sí el germen de todo lo ideal; pero sin acomodamientos de épo-

ca ni dudas, indignaciones o esperanzas de impíos o fanáticos.

«No podrá nunca, pues, ser juzgado en tal terreno, y, como esos astros ingentes que parecen chicos porque desde abajo se les mira en un planeta menor, jamás podrá alternar entre el agitado vaivén de los que le examinen, cegados por el polvo de la tierra, o envueltos por la atmósfera de una época dada y los pasajeros brillos de fugaces meteoros.

«Esto a los que no han sabido censurarle, lo cual no prueba que le creamos exento de censura.

«A los que le imitan, por más que esto honre al poeta, tenemos que decir algunas palabras que expresarán conceptos ha largo tiempo arraigados en nuestra conciencia.

«No creemos en el progreso indefinido de una escuela. Si la historia del arte no lo probara definitivamente con la muerte irremplazable de sus grandes hombres, lo haría ver la reflexión del buen sentido.

«De ningún modo aconsejamos que se dejen de consultar los grandes maestros de la forma, estudiándolos con fe e imitándolos con trabajo en secreto, sin perder nunca de vista la naturaleza para el arte y la moral absoluta por las ideas. Pero de esto a encastillarse en

la forma del que primero fue original en ella, hay un gran abismo.

«Si alguien es difícil y comprometido para imitado en poesía, es Bécquer.

«Como galanura de forma, pureza de dicción y corrección de estilo hay muchos que le aventajan, y éstos son los que deben imitarse siempre.

«Pero lo imposible de imitar en Bécquer es su propio espíritu, su manera de ver, como dicen los pintores, su *idiosincrasia*, como lo llaman los naturalistas». (1)

Estas palabras parecen escritas para Antonio C. Toledo. Muy arriesgado seguir sus huellas. Fueron para él predilectas las poesías de Bécquer: con su lectura tuvo la rara suerte de aprender su modalidad; pero no le imitó como un autómeta. Los pensamientos son originales, por más que el tema sea tan antiguo como el mundo, y por más que la apariencia sea becqueriana. Cuando llora Toledo, como lo hace de veras, nos contagia su tristeza, nos moja con sus lágrimas. Quien dude ¡ay! de sus pesares y de su llanto no ha amado nunca. ¿Qué presentimiento más tier-

(1) Obras de Gustavo A. Bécquer.— Séptima edición.— Tomo I. — Madrid. — Librería de Fernando Fe. — 1911. — Prólogo.

no, que romanticismo más heiniano que éste? (1)

«Tras el velo impalpable del ensueño
anoche me veía muerto ya,
e imaginaba que mi frente pálida
hacías en tu seno reclinar.
Mañana, cuando cesen mis dolores
y aquel sueño se torne realidad,
¿irás, bien mío, con calladas lágrimas
la arcilla de mi tumba a refrescar?» [2]

(1) «Heine es un romántico, no cabe duda, pero un romántico a su manera, que ha sabido siempre conservar en frente de los otros una posición independiente. El revistió la poesía romántica de forma plástica y la desvió de sus aficiones cristiano-caballerescas, propia de los tiempos medios. Por eso sobresale tanto sobre todos sus colegas del romanticismo, porque en vez de remontar la mirada a lo pasado, se interna en la inmediata realidad de su tiempo. Y por eso también nadie puede regatearle la gloria de haber sido el genial precursor de la poesía moderna, la poesía de la Naturaleza y la verdad». — (José Pablo Rivas. — Enrique Heine. — Su vida y sus obras. — Madrid. — Sáenz de Jubera Hermanos. — 1913).

(2) Dice Heine:

«Der Sarg ist ferting; sie versenken
Mich in die Gruft. Da hab' ich Ruh!
Doch du, doch du, Maria, du
Wirst weinen oft und mein gedenken».
[«Mi ataúd está presto, ya van a bajarme
A la fosa, ahí descansaré;
Pero tú, María, ¡ay! tú
con frecuencia llorarás y pensarás en mí»].

¿Cuál de las dos ideas, quizá una sola en el fondo, están expresadas con más delicadeza y ternura?

Ni el férvido geniecillo de su amor, que murió años atrás, ni miembro alguno de la familia que más tarde formó, fueron, con calladas lágrimas, a refrescar la arcilla de su tumba solitaria. Cien veces he leído estas adorables trivialidades expresadas por noveles devotos de las Musas; pero muy pocas con la intensidad y envidiable simplificación con que se expresa el poeta, desechando las escrupulosidades de la asonancia y de la lima métrica y hasta gramatical. Aquel *hacer reclinarse* que chocaría en otras composiciones, aquí parece un giro muy natural; y ni se notan siquiera los defectos de eufonía de algunos versos. ¿Quién puede calcular el evo de las ternas e inspiradas *Brumas*? Véase el candor de estas preguntas, empapadas de ternura:

«¿Por qué si junto al mío latir siento
tu amante corazón,
resistir no me es dado tu mirada
y se embarga mi voz?

¿Por qué, cuando tu mano entre las mías
estrecho, de emoción
tiembles como la flor de la montaña
que el viento acarició?

¿La nieve de tu tez por qué se torna
de vívido color,
si me hablas al oído con palabras
de lenta vibración?

¿Por qué dos seres que juntó el destino,
cual lo somos tú y yo,
apenas si se miran, luego tienen
que darse eterno adiós?

Las olas de la mar tienen sus cantos,
su rugido el león;
la flor aroma, sombras el crepúsculo,
sus misterios Amor!>

Toledo es el tipo del artista nativo; mas no es un artista inconsciente. Verdad que tiene una sola nota, que hay en su lira una sola cuerda; pero esta manera de no ostentarse multiforme y erudito,—esta parcidad de sus versos— ¿no constituyen el arte supremo? Las complejidades de la vida, los problemas interiores,—cada día más enmarañados y de difícil solución, de tanto ahondar en el misterio,—han vuelto infantiles a los poetas. Se transparentan las cosas más bellas con una desnudez primitiva que sorprende. En el arte moderno se ve confirmada, con fuerza irrecusable, aquella popular verdad de que los viejos se parecen a los niños. El mucho estudio, el exceso de vida, la exuberante cultura regresan a las épocas primarias, a las homéricas y sencillas confesiones, a lo nimiamente seductor, a lo absolutamente sencillo. (1) También como en el

(1) Véase la sencillez de esta poesía. Sin embargo, su autor es de gusto refinadísimo, aunque ya le viene fiambre la moda y va

cansancio de la ancianidad, el cansancio de la sabiduría, hace tolerantes a los hombres, como en la débil infancia, que no se preocupa de inquirir si lo que le enseñaron es mentira. Por esto también los sueños de la niñez son los que más se acercan a la felicidad. Lo mismo acontece con la dulce ignorancia del amor, con esa insania inofensiva. Si el

entrando en la decadencia mundial. El libro de donde la trasplanto es de un sibarita de las letras, proclamador de la aristocracia del arte, según lo predicó muy alto y lo repite en su *Prefacio de Cantos de Vida y Esperanza*. «Podría repetir aquí más de un concepto de las palabras liminares de *Prosas profanas*, dice Darío. Mi respeto por la aristocracia del pensamiento, por la nobleza del Arte, siempre el mismo. Mi antiguo aborrecimiento a la mediocridad, a la mulatez intelectual, a la chatura estética, apenas si se aminora hoy con una razonada indiferencia». He aquí la poesía, modelo de sencillez y simplicidad populares y que tanto arte guarda:

«MIA

Mía: así te llamas.
¿Qué más armonía?
Mía: luz del día,
Mía, rosas, llamas.

¡Qué aroma derramas
En el alma mía!
Si sé que me amas,
¡Oh Mía! ¡oh Mía!

encanto se rompe, es porque la realización del señuelo o la consecución de la verdad echaron a tierra el cántaro de la lechera. Goethe, el poeta sencillo a fuer de sabio, filosofa así: «Es triste condición la del hombre que sólo ha de ser feliz antes de tener uso de razón y después de perderlo». No de otra suerte el romanticismo amoroso transfórmase en pesimismo. Los extremos se tocan en estas coplas de Clímaco Toledo que empiezan, como en la adolescencia, con el poema del ángel de sus amores, del que le hablan los suaves cefirillos en el silencio de la noche, y concluyen con la veleidad de las cosas terrenas, con la despedida de la dicha, como en la ancianidad que arranca suspiros y desdenes y ternuras:

«La noche llega,
callan las aves,
todo al descanso se entrega;
y en sus rumores
me hablan los vientos
del ángel de mis amores.

Tu sexo fundiste
Con mi sexo fuerte,
Fundiendo dos bronces.

Yo triste, tú triste....
¿No has de ser entouces
Mía hasta la muerte?»

(Rubén Darío.—PROSAS PROFANAS Y OTROS
POEMAS.—1908).

Su frente es pura,
su boca, nido
de desdenes y ternura,
y dan enojos
con sus destellos
sus grandes y negros ojos.

De una palmera
cabe las frondas,
la habié por la vez primera,
y con voz tierna
llorando a mares
me juró constancia eterna.

Ay! nunca, nunca
ya nos veremos:
mis dichas el cielo trunca;
mas los rumores
que trae el viento
son su mensaje de amores».

¡Madre naturaleza!, en tu seno se aprende tanto y se lee mucho más que en una biblioteca, como diría Amiel. Voces silenciosas y confidenciales que en la calma nocturnal murmuráis a nuestro oído himnos de pasados días; paisajes, flores, alma de las cosas que nos enviáis vuestro mensaje, todo revive con más vigor cuando se ama. Los defectillos de versificación y los perdonables prosaísmos que agotaron la nota de la sencillez, se esfuman en los anteriores pentasílabos del poeta quiteño, ante la aparición de la virgen de su amor, de frente pura, de grandes y negros ojos y de boca que

es «nido de desdenes y ternura». Es posible fuera no del todo exacto su llanto a mares al pie de la palmera; pero se entrevé en esas lágrimas los tres velos de que nos habla el pensador ginebrino: el pudor, el silencio y la sombra. El rumor del viento está impregnado de arcanos. Imagínome que Toledo leyó este trozo de Amiel, y siguió su consejo: «Haz en tí un sitio para el misterio; no te ares entero con la reja del examen, sino deja en tu corazón un pequeño ángulo en barbecho para las simientes que aporten los vientos, y reserva un rinconcito sombrío para las aves del cielo que pasen; tén en tu alma un lugar para el huésped que no esperas y un altar para el dios desconocido. Y si un pájaro canta en tu follaje, no te aproximes precipitadamente para domesticarlo. Y si sientes algo nuevo, pensamiento o sentimiento, despertarse en el fondo de tu sér, no te apresures a llevar la luz ni la mirada; protege con el olvido al germen naciente, rodéale de paz, no abrevies su noche, permítele crecer y formarse y no divulgues tu dicha. Obra sagrada de la naturaleza, toda concepción debe envolverse en el triple velo del pudor, del silencio y de la sombra».

El tema continúa,—con algo más de verídico lloro, a causa de posibles alejamiento,—de esta manera:

«Avieso es mi destino y algún día
tendré, bien mío, que decirte adiós:
sí, años más tarde, miras esta página,
piensa que por tí aún late un corazón».

Aunque es manoseado recurso el de las despedidas hipotéticas, no desagrada la del poeta, aun cuando deja mucho que desear la dureza de este endecasílabo:

Piensa que por tí aún late un corazón.

«¡Qué pobres son los que se aman y danse de la partida el adiós!», gorjeó con razón el ruiñón alemán José de Eichendorff. Aquella estrofa y las dos que siguen son los ensayos de Clímaco Toledo en los cuales se pone de relieve el principiante genial, con todas las imprevisiones de colegio, inclusive las contemplaciones de enamorado a la luna y el llanto con afán a orillas del lecho; pero ya se descubre alguna meditación, en medio de los desesperados gemidos.

«Llora, sí, pobre niña; que en la vida,
cuando ya se ha perdido la esperanza,
sólo un raudal de lágrimas alcanza
a restañar la sangre de la herida.

Miré la luna y se angustió mi pecho,
y era que tus encantos recordé;
mas, solo al verme, me arrojé en el lecho,
desesperado y con afán lloré».

Por aquel mismo tiempo, 1890, se cometían atentados poéticos y rimas abominables, por lo chavacano del concepto y el absoluto descuido de la forma, a pesar de que todas traqueteaban *lo prolijo y lo afanoso*. Véase este alacrán de C. Camilo Daste:

«Era una noche negra, muda y fría;
Alcé los ojos con afán prolijo
Al cielo y dije: al asomar el día,
Los ojos de mi madre a los de su hijo
Mirarán?... Nunca! el corazón me dijo....
.....

El sol lució sus galas,
Y la orfandad cubrióme con sus alas....
.. ..
De entonces ese *nunca*
Siempre mi dicha y mi esperanza trunca....
.....

Cuando el alma en las sombras desolada,
Quebrado el cuerpo frío,
Eleve al cielo mi última mirada;
No vea allí ¡Dios mío!
Aquel doliente *nunca*
Que hiela el alma y la esperanza trunca».

Es tan difícil aparentar sentimiento donde no lo hay, que el esfuerzo se nota al punto. Peca en lo sustancial entonces cualquier tentativa artística, y cae por su base, como acabamos de palpar. Aglomeración de epítetos inconvenientes y familiares; recargo de reti-

cencias mal traídas, algunos trabalenguas y cacofonías; repeticiones enfadosas, rípios a destajo, exclamaciones sin nervio que constituyen otros tantos desperdicios, y, en el fondo de todo, ausencia de asunto, es decir, ninguna idea, he aquí los escollos de quienes mecánicamente imitan las *Rimas*, como acabamos de ver en la desgraciadísima composición del señor Daste, que echó la poesía al traste.

Claro que en comparación de las hebrejas apuntadas, las anteriores *Brumas* de Toledo son primorosa orfebrería, no obstante los nocturnales y lunares lloriqueos. La mala impresión de forma, descuidada hasta la exageración, y el amaneramiento de lo esencial, pasan pronto con la imagen que sigue:

«Tiene *Ella* la esbeltez de la palmera
que se mece al halago de la brisa,
es su frente un albor de primavera
y el cielo del Edén es su sonrisa.

La noche con sus sombras se guarece
en el ardiente abismo de sus ojos,
y un enjambre de amores se extremece
al borde mismo de sus labios rojos.

Buscaba ese Ideai, y, a mi despecho,
tardíos ví pasar años tras años;
todos dejando en el amante pecho,
uno tras otro, amargos desengaños.

Hallélo, al fin; y el alma que dormía
largo sueño de dudas y pesares,
despertó al acelerar del nuevo día
y desbordóse en fervidos cantares.

Y el corazón que la presente inquieto
al acercarse una ilusión dorada,
gritó en su idioma rítmico y secreto:
— «¡Cielos, aquélla es la mujer soñada!»

Las dos primeras estrofas, y sobre todo el atrevimiento de la segunda,—en la que el versificador nos pondera unos ojos negros, de negrura de abismo, en los que «la noche con sus sombras se guarece»,—redimen al pálido trabajo métrico de las vulgaridades, ripios y ofuscamientos finales.

El alma se conmueve hasta lo más hondo: sentimos como que el sacudimiento de la emoción la hace vibrar, como a las cuerdas de un instrumento extraordinario, cuando el bardo se entrega verdaderamente a la profunda psicología del amor, que posee estados de conciencia inexplicables y lenguaje fecundo en interpretaciones del reinado interior. En versos sugestivos y madrigales cortos, dice más que en un poema extenso. Nada hay tan sublime como la muda elocuencia de dos corazones que componen fulgurantes *Illadas* con sólo la luz de una mirada.

«Nunca le interrogué si me quería,
jamás le confesé que la adoraba;
y suspirando ausentes, en secreto
guardábamos intacta la esperanza.

Sólo una vez, a la hora del ocaso,
cambiámos una rápida mirada,
que saturó de luz nuestro silencio... (1)
Y es la luz el lenguaje de las almas.

¡Magnífico! Analícense, punto por punto, las dos estrofas anteriores, y, junto con la espontaneidad y el espiritualismo que rebosan, nos abismarémos en un océano de belleza. El concepto antiquísimo de que los ojos son el espejo del alma vuélvese original si el poeta, con giros que juzgamos fáciles, revela que «es la luz el lenguaje de las almas». Fisiológicamente, los ciegos pierden la fantasía: fátales esa materia fúlgidamente sonora y lacuaz a la vez, la mirada, en la que leemos cosas que nunca fuimos capaces de imaginar. Milton perdió su *cielo* cuando perdió la vista; por esto, en la ancianidad, púsose a dictar su *Paraíso Perdido*. Esto me parece un símbolo: sin la di-

(1) Esto es más bello y expresivo que el pensamiento de Heine: «No nos hablábamos; sin embargo mi corazón comprendía—los callados pensamientos de tu alma. La palabra pronunciada es impúdica—El silencio es la flor casta del amor».

vina irradiación de los ojos, la *virtud* del alma se aminora. En tan triste estado, el hombre es menos que Sansón mutilada ya su cabellera. Es el mismo ciego sublime escribiendo su última obra *Sansón Agonista*. Los ojos dan fisonomía propia a las rígidas estatuas, inexpresivas en medio de su serenidad helénica, frías como la muerte, porque carecen del soplo divino, de aquella luz que es «el lenguaje de las almas», como rezan las mentadas estrofas. La realidad del primer amor, tímido e inconfesable, se desliza en ellas, murmurando apenas, como un arroyuelo. La opresión infinita del afecto silencioso que está brotando dentro de nuestro sér como en un mágico jardín; la orfandad de las confianzas, torturada por la nostalgia de la palabra; lo que, sufriendo en secreto, se espera, y se espera eternamente, todo lo ha esbozado con blandura Toledo. Su aria interior, su monólogo íntimo, es como una bruma que se disipa con las primeras caricias de la aurora, como un sueño del que se despierta gracias al influjo de una mirada.

Es el mágico cantar de Magali que la virgínea voz de Nora dedicaba a Mireya, a la hora crepuscular que los «segadores lavan en el vivero las hoces para quitarles la gomá», canción en la que sus trayéndose la protagonista de la popular

leyenda a la influencia del amor, va convirtiéndose en avecilla voladora, en agua límpida, en brisa marina, en rayo de sol, en luna serena, en rosa virginal, hasta que concluye por enamorarse ineluctablemente. Tal el poder de la mirada que da la posesión de las almas. Para ella no hay subterfugio que valga. Nora concluye así sus trovas: «Si entras tú en el monasterio—cantos fúnebres oírás— y rodeada por las monjas—con mortaja me hallarán.—Oh, Magali, si te haces tú—la pobre muerta,—yo la tierra me haré;—te poseeré». (1)

«Sólo una vez a la hora del ocaso,
cambiámos una rápida mirada,
que saturó de luz nuestro silencio....
Y es la luz el lenguaje de las almas».

Y esa mirada es la historia inacabable, el eterno discurso del amor.

¿Quién ¡ay! en los años juveniles no ha representado idilios así, en los que, únicos actores, los ojos, lo han dicho todo? La duda inquiere, curiosear, ausculta con ojos avizores: sufre inenarrable desasociado. En cambio a la fe, que agobia la cabeza y no interroga, le pin-

(1) Mireya—(Poema provenzal de Federico Mistral puesto en prosa española por D. Celestino Barallat y Falquera).

tan con los ojos vendados.... Toledo es psicólogo sutil. ¡Qué mundo de reflexiones surgen al recordar,—viajando al través de los inolvidables y caliginosos tiempos que pasaron,—aquella mirada veloz «que saturó de luz nuestro silencio», cuando el corazón comenzó a abrirse al cálido ósculo del amor!

Acentuándose la modalidad del poeta, su musa vuela, de los risueños países del querer, a las agrias regiones del hastío. Sus lágrimas, que antes corrieron silenciosas, metamorfoséanse en gritos desesperados. La égloga muda es ya tragedia estrepitosa, con abismos insalvables y adioses eternos. Cuando se agota el almibarado licor, la acidez del sedimento amarga nuestro espíritu, ebrio muchas veces, pero sitibundo e insaciable siempre.... Así fracasan las agitaciones del ideal, cuando la pasión creyó alcanzar su pleno goce, en su anheloso viaje de nupcias.

«Tra-pus» el bosque, la llanura, el río,
el agrio monte en pos de una ilusión;
y desencanto, indiferencia, hastío,
encontró mi cansado corazón.

Probé a llorar, que el corazón humano
siempre en el lloro su dolor ahogó,
y lancé un grito.... ¡si el pesar temprano
la fuente de mis lágrimas heló!



Adiós, mujer! Que un sueño solamente
nuestra pasión ha sido pensaré;
hay un abismo entre los dos... no llores
y si puedes, olvídame también».

Esto escribía en Febrero de 1891. Su numen, aquejado por los desengaños, enmudeció muchos meses, hasta que, en Septiembre, aún no restañadas las heridas, desbordó sus penas al volver a encontrar el objeto de su tormento que palideció al percibir al poeta. Dije ya que la historia del amor de Toledo fue vivida, fugaz e infortunada. La dama distinguida, como la María de Jorge Isaacs, no sobrevivió al bardo triste. He aquí que le recrimina con los ojos lo que su corazón es incapaz de traducir:

«Inconsolable como yo, luctuosa,
hoy la volví a encontrar;
pasó cerca de mí bañada el rostro
en palidez mortal.

Sus ojos se clavaron en los míos
con empeño tenaz,
y, en aquella postrer mirada, cuánto
nos dijimos al par!

La ví alejarse y exhalar no pude
ni un suspiro; mas, ay,
sentí mi corazón atravesado
por agudo puñal.

Ah! si del llanto, que vertido habemos
en triste soledad,
no está el destino sacio ya; las almas
de amar aún no lo están.

¡Y eternos han de ser nuestros amores!
Años, pasad, pasad....
que el consorcio en la vida prometido,
la muerte sellará».

Y efectivamente, pasan las horas, y
el poeta entrégase a las remembranzas
de mejores días. Al sumergirse en ellas,
siente paulatinamente envejecerse. Ha-
ce una mueca a todo; se ríe de la duda y
arroja las saetas de la ironía a las cui-
tas del vivir.

Solos los dos, mi frente descansando
en su mullido seno de azahar,
vimos rodar las soñolientas horas
que nunca, por mi mal, podré olvidar.

Cómo se desbordó de nuestras vidas
esa noche, la copa, no lo sé....
No era la aurora aún, mas de aquel seno,
encanecida ya, la sien alcé.

Y *ella*, la dueña de los negros ojos,
la que en las sombras me brindó su amor?....
También va por el mundo con sonrisas
escarneciendo, como yo, al dolor!

Muchas de las *Brumas* de Toledo
canta el pueblo. Prueban su fácil y na-
tural concepción, el fondo de generali-

dad y la poesía que encierran. ¡Cuántas veces a un inolvidable amigo mío le oí entonar la que copio!:

«De tedio henchido, a la adorada mía yo le dije una vez:—Déja, por Dios, que me aleje de tí, porque me quemaran tus besos demasiado; adiós, adiós.—

Años después, decíale:—«De frío muriendo estoy, ven a besarme, ven».—
Y el beso sin pasión de aquella boca aún más heló mi marchitada sien.

Ah! si en las luchas del amor temprano el corazón pudiera razonar!....
Ni *Ella* llorara entonces mi desvío,
ni yo tuviera hoy tanto que llorar».

Hasta la época que apareció Toledo, el subjetivismo de la poesía ecuatoriana andaba de capa caída.

Es preciso insistir en que del general naufragio quizá pudo salvarse media docena de bardos, inclusive el que abrió el camino: Olmedo. De la era moderna son las manifestaciones elocuentes de la cultura nacional, como la *Revista Ecuatoriana*, de Quito, y *La Unión Literaria*, de Cuenca. Remigio Crespo Toral no escribía aún sus leyendas de arte. Lo demás, desesperaba por su prosaísmo. Porque no era poesía ni nada que se le parezca, ese fárrago de versos que tuvo la infeliz idea de reunir el doctor

Molestina bajo la denominación de *Lira ecuatoriana*, en 1865 [1]; ni la montaña de versos de Gallegos Naranjo, ni el tomazo de renglones cortos de Polibio Chaves; ni menos la *Nueva Lira* de don Juan Abel Echeverría, que data de 1879. ¡Cuántas rapsodias de Espronceda, qué de retazos zorrillescos, cuánto amaneramiento, qué devoción tan cursi, qué amor tan frío, qué de temas tan disparatados, como aquéllos de Piedrahita, Riofrío, Carvajal, Córdoba, Avilés, etc.!

[1] Hablando de la *Lira ecuatoriana* del doctor Vicente E. Molestina, se expresa así Juan León Mera: «Colecciones como las de la mencionada *Lira*, deben ser cofres llenos de joyas de gran valor, y por lo mismo, los que las busquen y recojan deben tener grande cuidado en ello, y emplear todos sus conocimientos, todo su tacto, discreción y buen gusto, para no tomar el cobre por oro, el vidrio por diamante y algunos pintados guijarrillos por exquisitas esmeraldas y rubíes». . . . «Pero el laborioso compilador no anduvo feliz en la elección de las piezas, y las dos terceras partes son condenables como indignas de la noble y venerada matrona a quien hizo el presente. La patria habría sido pues honrada con un número menor de poesías verdaderamente buenas, y con el olvido de todo lo mediocre y malo. ¿Para qué sirve ésto? ¿para aumentar el número de páginas? ¡Maldita sea la abundancia! Venga una docena de ellas con versos dictados por las musas, y cargue el demonio con todo lo demás que acaso es obra suya».

Los besos de los que se quieren nos imaginamos dados a estatuas de balsa. Todo helado, ridículamente lastimero, chavacano, glacial e insultante. Cuando van del gimoteo a los desencantos y decepciones amorosos, qué de torpezas sin arte ni bendición de las Musas.

Toledo, con fino realismo, establece el contraste entre los besos de la pasión durante la fiebre juvenil de los ideales, y los besos marmóreos después de que la quimera agitó sus alas y se fué para siempre. No pondera yá la luz inextinguible de una mirada: ahora, con ligera variante, se acuerda del mismo tema del amor infortunado. En la peregrinación de los afectos, sigue enfriándose su fervor, aun cuando no pierde todavía la esperanza.

«Sonámbulo de amor, sigo la senda
que me señala una ilusión querida,
y vano es ¡ay! que detener pretenda
mis pasos la fortuna maldecida!

¡Cuán largo viaje! ¿Y estará aun distante
el ansiado final de la jornada?
—*Adelante!*, me dicen, *Adelante!*—
los mensajes de luz de una mirada».

Nótase alguna postración, propia del caminante que no duerme, en la *Bruma* anterior. Cuando se amortigua su sentimiento, sus versos resultan fríos, por

más que a primera vista halaguen. Todavía es menos afortunado en esta imitación de Eusebio Blasco, en la que aparece otra vez el aprendiz sin pretensiones:

«Me amabas! Y el destino
airado se interpuso entre los dos;
la aldea abandoné, pero tu imagen
me acompañó, grabada al corazón.

Y pasaron los años....
Moría de una tarde el arrebol,
cuando, alegre, a la aldea yo tornaba
en busca tuya y de mi dicha en pos.

Te acuerdas? Tras la reja,
donde tu labio me mintió de amor,
a otro hombre acariciar te ví, y, al verte,
de mi lloro el raudal se desbordó.

Mas, sábelo: mis lágrimas
evaporó el calor del nuevo sol,
y, al par que mi dolor, la imagen tuya
de mi pecho también desapareció».

Muy infantil ¿verdad? Esto decía en Abril de 1892. Desde entonces, su descanso fue largo, hasta Febrero de 1893, en que dió a luz una *Bruma* que había borroneado hacía tres años.

Ah! No puedes ser mía. Desistamos
de la pactada unión;
tu honor y mi altivez así lo exigen
con imperiosa voz.



Ah, no puedes ser mía! Tú posees
pingües rentas, y yo...
Yo no consentiré que el mundo diga
que has comprado mi amor.

Es muy cursi esto de alegar inopia. Ya Cervantes picarescamente lo expresó: «Nunca los enamorados han de decir que son pobres, porque a los principios, a mi parecer, la pobreza es muy enemiga del amor». (1)

Las *Brumas* que brevemente he analizado, son las mejores de Toledo. De su puño y letra escritas, he tenido en mi poder un cuaderno de ellas dedicado a su amigo íntimo H. Carrera. Son una cincuentena o algo más; pero, como dejé consignado, su obra estimable no se reduce sino a dos docenas y media, liberalmente tratadas.

Dictamine el sano criterio si ha acertado en la siguiente, de confuso sentido:

CANTO DE AMISTAD

Al señor doctor Florentino Uribe.

Canto de una ave que pasó llenando
con su eco peregrino el horizonte;
perfume del incienso que ondulando
sube del ara rústica del monte;

(1) Novelas Ejemplares.—La Gitanilla.

De lejana armonía que fenecé
en los espacios, último sonido;
imagen de áurea nube en que se mece
un ideal arcángel escondido,

Tales son los recuerdos de la infancia
que la amistad despierta en las doncellas
que se aman, aunque el tiempo y la distancia
un anchuroso abismo abriera entre ellas.

Recordar no se puede, si un torrente
de lágrimas no brilla en nuestros ojos,
no podemos amar sin que doliente
también suspire el corazón de enojos. (1)

Aunque escrita en 1889, parece de la
niñez del poeta, por los pésimos epítetos,
como el de *peregrino* que va pegado a
eco, por los detestables gerundios, po-
breza de dicción y general prosaísmo.

Ahora júzguese de estas imitaciones:

EL PASO DE LA IDEA

(DE APELES MESTRES)

De llarch a llarch de la via....

De trecho en trecho, al borde del camino,
unos árboles se alzan,
inmóviles, sin raíz, la cima escueta
de hojas y de ramas.

(1) Publicado en *La Prensa*, de Quito,
del lunes 21 de Abril de 1913.

Escalonadas, de esa cima brotan
tan sólo flores blancas
que cerrarlas no puede invierno crudo,
ni otoño deshojarlas.

Y, de un árbol a otro, tantos hilos,
como flores hallára,
ha tendido, hilandera misteriosa,
una invisible araña.

El pico bajo el ala, allí se posan
las aves fatigadas;
y, al vaivén de los vientos que modulan
un canto sin palabras,

Se aduermen... pero caen de repente,
cual del rayo azotadas;
y el rítmico zumbiar de aquellos hilos
«¡Despedad!—dice—!el pensamiento pasa!»

MARINA

(DE APRELES MESTRES)

Al ferse nit com al llevarse 'l dia....

Llegue la noche, o bien, despunte el día,
mañana como hoy y siempre igual:
el mar sin fin juntándose a los cielos
y los cielos al mar.

¡Mares y cielo!... Ni un altivo monte
se atreve a limitar la inmensidad;
siempre una ola en seguimiento de otra,
sin poderla alcanzar.

Bien sé que sondear puedo yo abismos;
empero, el oceano al contemplar,
de corales y perlas olvidándome,
pienso en la eternidad.

Más soltura hay en estos asonantes
agudos, aunque ausentes de miga:

ROMANCE

Morena, la de los ojos
de noche de tempestad,
bien conoces que te quiero
como nadie te querrá,
iy sin embargo impasible
desdenes siempre me das!
¿No sabes, ay, que del alma
al fin la ilusión se va,
cual se van las hojas secas
a embates del huracán,
cual de tu tez los colores
con el rigor de la edad?
¿No sabes que, siendo amor
tierna planta tropical,
se muere si le acaricia
helado ambiente polar? ...
Toma consejo, morena,
que el tiempo vuela fugaz,
e impasible no te encuentre
de hoy más mi amoroso afán.
Toma consejo, morena,
morenita angelical:
la juventud es ardiente,
helada la ancianidad;
y, ¿quién mañana caricias
de una anciana buscará?

El tono elegíaco de la que sigue, no armoniza con las primeras horas de la vida, que, por lo regular, no son escépticas, descorazonadas y de helada indiferencia. A esa edad, no huimos de nos-

otros mismos, por crueldades que desde la cuna amontone el destino. Indulgencia para estas precoces canas, y eeplines tempranos desvíos:

VEINTE AÑOS

Nunca pensé que, al discurrir tempranas las horas de veinte años, de repente estaría mi sien con tantas canas como quimeras se forjó la mente.

Soñadora niñez, habéis pasado como bruma impelida por el viento. Sí, soy joven aún; pero cansado ya de la farsa terrenal me siento.

Y aunque no doblo aún el agria cumbre del ingrato vivir, medroso y grave miro perderse allá mi hogar sin lumbre, como en desierto mar deshecha nave.

Noches de zambra y estruendosa orgía, llenas de luz y aromas y mujeres, en que, al sonar de báquica armonía, la ancha copa bebí de los placeres:

¿Dó se han ido, decid, las ilusiones, dónde la ardiente fe, dó la esperanza? ¿Por qué huyeron las mágicas visiones que arrullaban mi sueño en lontananza?

Y luego que volcaron mi conciencia la sed de honores y ambición de gloria, ¿qué me han legado?—Inútil experiencia y de pesares una larga historia.

.....

No extraño, pues, que ya no me interesen
la fuente con sus lánguidos rumores;
ni, si las auras los follajes mecen,
el suspiro de amor de aves y flores.

Ya no me causan ni placer ni enojos
el despertar rosado de la aurora,
o del día expirante los despojos
que, desde ocaso, el sol triste colora.

La lira que otro tiempo fingir pudo
en acordado són, cabe una reja,
el himno de las selvas, si a ella acudo,
vibra tan sólo lastimera queja.

Hasta el cielo, esa patria prometida
a mi alegre niñez, perdió su encanto;
enfermo traigo el cuerpo, el alma herida,
helada está la fuente de mi llanto!

Y, a impulsos del afán que me tortura,
porque entre el bien y yo media un abismo,
voy sin saber a dónde, en mi locura,
amedrentado huyendo de mí mismo! [1]

V

Algunas reflexiones al terminar el
análisis de este simpático gitano de Apo-
lo, que, con su lira de escasas cuerdas,
anduvo errante por los países de la mi-
seria y de la orfandad de dicha. Fue
poeta de poquísimas páginas, en las que,

(1) (Escrita en Diciembre de 1888 y pu-
blicada en Marzo de 1894.—N^o LXIII de la
Revista Ecuatoriana).

entre risas y llanto, repitió en varia solfa la nota febril del amor infortunado.

La poesía de la época debe ser robusta, fuerte como el aguardiente, batalladora. El vigor y la perseverancia en la tarea son distintivos del genio. Lo agigantado sorprende, por más que de cerca tenga algunos toques grotescos. Cuatro filigranas, y nada más, son síntomas de afeminamiento, cuando no de lamentable degeneración. Las joyas de Heine son numerosas. Escribió hasta en el lecho de sus torturas físicas, en el que su terrible parálisis le tendió muchos años. Desde la cama dictaba unas veces, y otras desde su *chaise longue* de atáxico, su primoroso *Romancero* a Hillebrand y Ricardo Reinhold, sus secretarios, y después más versos a la *Mouche*, como el inspirado enfermo llamaba cariñosamente a la encantadora hija de Suabia que cerró los ojos del ilustre poeta. Bécquer fue también infatigable. Toledo se cansó al comienzo del camino. Pero su labor resalta desinteresada y bella. No quiso figurar en la vergonzante cuadrilla de los jornaleros de las letras: no entendía de mercantilismo.

La tragicómica conquista del garbanzo acelera la producción literaria, la estira como el caucho, la hace crecer desmesuradamente como la goma tragacanto, en perjuicio del arte. Montañas

de futilidades sin adarme de buen gusto, hábiles adulos para el populacho iletrado, vista o no levita y chistera; millones de hojas repugnantes sin pizca de eutrapelia ni de emoción estética (y sí con muchísimas pellas de lodo); libracos de pacotilla para el mercado intelectual de circunstancias, apilados en volúmenes de volúmenes, se desploman al ligero soplo de la indiferencia, aun antes de que la crítica los salude. ¡No son dignos de tanto! Ni el estrépito de la caída les redime del menosprecio definitivo en que *precozmente* se sumergen.

El polígrafo loco Réstif de la Bretonne escribió cerca de doscientos gordos mamotretos que nadie lee: publicó hasta la vida de los del barrio. Autores hay que nacen muertos: su empeñosa popularidad—éxitos baratos y de ocasión—sirve sólo para dejarles inéditos ante las futuras generaciones. ¿Qué se han hecho las numerosas obras de aquellos narradores poéticos o novelistas como Wenceslao Ayguals de Izco, Juan Martínez Villegas, Alfonso García Tejero, Pascual Pérez, Estanislao de Koska Bayo, Manuel y Modesto Fernández y González, Enrique Pérez Escrich, Ramón Ortega y Frías, Torcuato Tárrago y Mateos, José Selgas, Luis Coloma, Alfonso Pérez Nieva, Federico Urrecha, Cánovas y Vallejo, Luis Alonso, López

Bago, Juan F. Muñoz y Pabón, Llanas Aguilaniedo, y una legión más? Algunos metieron ruido pocos años, otros breves días, y la losa sepulcral del olvido les sepultó en definitiva. Nadie les hojea ni les recuerda ya; y conste que no son de remotas edades, sino de hoy día, de la hora palpitante.

Cito de preferencia la novela, porque, entre todos los géneros literarios, al decir de un notable crítico moderno, «en el estado actual de cosas, sustituye (y aún diría que aventaja, si alguno del gremio no se me irritára) a la poesía lírica en arrebató pasional, en fogosa y caldeada inspiración, en estro, en fin, tanto como en belleza de frase». ¡Y qué millar de novelas, cual vistosas y frágiles pompas de jabón, se han desvanecido en un momento, como el *Sancho Saldaña* de Espronceda, que nadie en el siglo XX tiene la paciencia de curiosear con delectación! La fatigosa novela pastoril *La Galetea* del mismo Cervantes—perdón por la irreverencia—dudo que tenga los lectores que el genio del inmortal autor merece. ¿Y qué decir de los versos? Las pléyades de líricos, muchos de ellos llamados *divinos* en el siglo XVI, duermen el sueño eterno. De algunos afortunados sólo se rememoran dos o tres versificados temas; de los demás, ni una sola estancia. Ni los anticuarios y erudi-

tos apenas ya mencionan a Juan de Tás-sis, Conde de Villamediana, no obstante sus temibles epigramas y las varias ediciones de sus poesías; a Francisco de Trillo y Figueroa y sus *letrillas*; a Salvador Jacinto Polo de Medina y su *Fábula de Apolo y Dafne*; a Agustín de Salazar y Torres y su poema *Las estaciones del día*; a Miguel Moreno y sus *Flores de España*; a Jerónimo de Cáncer y Velasco y sus *Poesías varias*; a Andrés Laguna y su *Invectiva de la parra*, y a cien más.

En cambio, el bronce eterniza en Sevilla a Bécquer: sus *Rimas* andan en boca de todos e inspiran bellezas a los artistas y dramaturgos, como a los hermanos Quintero. No hay revista literaria que no las inserte, con epígrafes laudatorios como éste: *lo que no muere*. Lo mismo acontece en el Ecuador con las *Brumas* de Antonio Clímaco Toledo. No es aventurado sentar aquí—en estas breves líneas de homenaje al émulo del infortunio—que desafiarán los años, para que, en medio de lo caduco de la humana comedia, no se diga de ellas:

«*Pauvre bouquet, fleurs aujourd'hui fanées!*»

Nuevas tendencias sociales, flamantes aspiraciones de una educación no menos flamante, acelerado progreso inva-

sor de pueblos y de conciencias, causas políticas y oleadas colectivas, morbosos estados del alma universal traen a diario otros rumbos y creaciones en las letras; pero las ideas generadoras, las ideas-madres, como quiera que se las intuya, no cambian en su esencia. Y una de ellas es el amor inmortal, amor de ensueño, (pues el mero erotismo es triste y el himno de la carne melancólico) que vuela espiritualizado por encima de las estrellas.

¡Vivan eternamente la idealidad, la poesía, exquisitas como un perfume, llenas de gracia como una *rima*, de melancolía como un *lieder*, vaporosas como una *bruma*!

Y al abrir el de perlas precioso estuche—las BRUMAS del poeta Toledo—, dedicadle una lágrima ¡oh, vosotros a quienes otrora humedeció la pupila ese puñado de versos!; consagradle ¡oh, sensitivas de la vida, oh, mujeres! la limosna de un beso de simpatía, en alas siquiera del recuerdo, al que tan delicadamente os habló de las vicisitudes del amor e hizo palpitar vuestros corazones al eco de aquellos dulces cánticos, que corrían de boca en boca como un secreto transmitido por las almas, como una mágica melodía interior para oídos de querubines.



860-1(866)(082.95)Toledo 6090-190
T649a Andrade Coello, Alejandro
Las brumas de Antonio C. Toledo: estudio crítico

FECHA	LLEVADO POR

860-1(866)(082.95)Toledo 6090-190
T649a Andrade Coello, Alejandro
Las brumas de Antonio C. Toledo: estudio crítico

